

Numéro 9, création

En jerga de aguas negras

Grecia Cáceres
greciacaceres19@gmail.com

Citation recommandée : Cáceres, Grecia. "En jerga de aguas negras". *Les Ateliers du SAL* 9 (2016) : 188-198.

Eco tras eco desenterrar la infancia.
Esperar con paciencia que el recuerdo
destile en nuestro oído su jerga de aguas
negras.

Blanca Varela, El Libro de Barro

Benjamín insistió para que lo dejaran dormir en el cuarto grande, justo bajo el tejado, a pesar de que allí el sol golpeaba más fuerte. Insistió en dormir allí, en el que todos llaman el cuarto de los niños.

El año había sido arduo. El tiempo pasaba y él seguía en lo mismo, en el mismo proyecto que parecía nunca iba a realizarse. La gente de su trabajo era agradable y activa, organizaban reuniones en casa de éste o aquél, salían juntos a comer fuera. Casi todos eran mayores que él, estaban casados, tenían hijos chicos y lo habían acogido con cariño, como a un hermano menor. Todos sabían que su verdadera pasión era el coro de niños en el que cantaba y al que ayudaba, de vez en cuando, en la organización de los viajes, de las presentaciones... Cada vez sobrepasaba más sus responsabilidades, escuchando a los niños, consolándolos en la distancia, cuidándolos hasta sentir que eran como su propia sangre.

Hasta que un día se alejaban. Sucedió un extraño fenómeno, sus rostros angelicales se alteraban, sus voces sobrehumanas se perdían para siempre y como ángeles marchitos, el cuello grácil deformado, la piel martirizada recaían sobre tierra.

Qué dolor verlos partir del grupo prometiendo volver para cantar en el coro de adultos que los acompañaba. Casi nunca volvían.

¿Por qué, a pesar de los años, seguía haciéndose la misma pregunta, por qué esos niños cariñosos, dulces, que se acercaban a él sin pudor, y lo buscaban y lo llamaban se convertían de pronto en una especie de mutantes deformes, incómodos, desconfiados, avergonzados siempre? ¿Por qué de repente ya no le hablaban, ya no le confiaban sus secretos, y comenzaban a mirar disimuladamente del lado de las pocas chicas que tocaban en la orquesta...? Las metamorfosis humanas lo dejaban perplejo. Él siempre fue igual a sí mismo, cada mañana se miraba al espejo al afeitarse, su rostro fino, sus ojos grandes, el cabello siempre impecablemente peinado, su ropa de la misma tienda que su madre frecuentaba desde su infancia. Se le tildaba de clásico pero él no recordaba, a pesar de sus esfuerzos, haber sido distinto, un niño revoltoso o un

adolescente conflictivo. No, siempre igual, sin nadie a quien iniciar en los rituales de su vida. Así estaba bien.

Pero, al borde de los treinta, la gente comienza a preguntar cosas. La presión familiar, los amigos, los comentarios, las bromas. Y ahora que su hermano menor se iba a casar, la cosa empeoraba. Su novia era quizá la única con la que él hubiera podido quizá... Pero cuando veía a su hermano tan feliz y orgulloso, sus ademanes le parecían pueriles, no, esa no era la palabra. Fernando seguía siendo el mismo, un poco egoísta y vanidoso pero, gracias al compromiso, esos aspectos de su personalidad recibían una especie de aval social. Iba a tener mujer y por lo tanto, el derecho de expandir su ego sin restricciones ¿Para qué?

Ella, por su lado, tan bonita, siempre tan encima de todo... Era la primera vez que la veía así. Se dejaba cuidar, guiar por la mano de su novio, femenina, misteriosa. En el fondo, Benjamín lo sabía, nada había cambiado, ella seguía haciendo su voluntad y la existencia del novio la legitimaba también. Era él, su persona, su presencia lo que más ella, de instinto, buscaba a satisfacer. Eran iguales. Los quería a los dos. Ahora admiraba aún más a Fernando, él había obtenido la chica soñada y las dos familias de ser amigas pasaban a ser parientes. Mejor que mejor y todo gracias a su hermano.

Su madre también estaba contenta, no dejaba de decirlo, de contar una y otra vez la historia de amor de la que ella había sido testigo porque todo había pasado bajo sus narices, en su propia casa. Es extraño que no esté celosa, le entrega a su hijo sin sombra de duda o de temor, convencida que es lo mejor para la familia. La vida es así, al final, la gente más posesiva cede ante sus imperativos. Y el matrimonio parece ser el hecho más importante que existe.

Sin embargo con él era dura, exigente, caprichosa. Había logrado convencerla de dormir en la otra casa, en el dormitorio de los niños pero el brazo de su madre era largo y lo obligaba a venir a comer con ella y su padre, a presenciar sus duelos, sus discusiones sin fin. Pero él, apenas podía se escapaba al frente. Eran sus vacaciones y no pensaba pasarlas con su madre y su padre. Todos los domingos almorzaba con ellos, en la semana también, a veces.

Para la pedida de mano oficial, la familia había venido hasta allí, pero Benjamín no había previsto que sus padres alquilarían la casa del frente durante dos semanas. Ahora sus vacaciones se habían transformado en vacaciones familiares, como cuando era niño y la autoridad de sus padres los acompañaba donde

estuviere. Felizmente, en la noche, después de la cena, era hora de acostarse y entonces sí podía pararse e irse y participar del círculo de los jóvenes, escuchar sus conversaciones ingenuas antes de cerrar los ojos, adivinar su presencia en la oscuridad.

Cómo ha cambiado este chico... Este año está casi tan alto como Benjamín. Pero seguía dando la impresión de fragilidad de la infancia en sus miembros aún finos. ¿Cuándo lo vi por primera vez? En la misa. Qué niño tan hermoso, con su cabello rizado, sus ojos grandes, y sobre todo esa sonrisa constante, mágica. Siempre vestido como un principito... En esa época aún no conocían a su familia. Para él eran como seres de otro planeta, inaccesibles, que vivían en un universo lleno de alegría, de diversión, de viajes. Pero él fue siempre su preferido. Cuando empezaron a conocerse más entre las dos familias, pudo por fin llevarlo de paseo, hacerle regalos, él se dejaba, venía corriendo a saludarlo, lo buscaba con los ojos... Y hoy es como si no me conociera...

En las tardes, en la playa, eran asediados por un grupo de adolescentes. Poco a poco aprendió a distinguirlos. Son los vecinos, hijos y primos de la familia de la casa blanca, la grande, al borde del mar. Una banda. Siempre juntos, en la misa los domingos ocupan varios bancos. Se mueren por conocerlo. Las chicas lo miran con ojos de codicia. Se ve de lejos. Cuando se bañan hacen disfuerzos y tratan de jugar con él. Yo los veo desde aquí, echado en mi toalla, en medio de las conversaciones femeninas que me adormecen. De pronto ya no lo veo, una ola, otra más, reaparece, está tan alto, no parece tener solo 16 años... Otra vez la chica se le acerca, ella también es alta, alta y esbelta, con unos senos enormes. Los chicos fastidian a las chicas, la ley de la naturaleza, qué desperdicio... pero él se aleja y se va a jugar con sus primitos. Todavía es un niño.

Luego todos se acercan a comer algo. El, su hermanita, la amiga de su hermanita y mi hermana la menor. Ella también está irreconocible. Están todos mojados, se tiran en sus toallas, hablan tonterías, sonríen al otro grupo, me ignoran, comparten el cuarto conmigo pero estoy a años luz de ellos, entre sí se entienden, un gesto de la mano, una mirada, una palabra y se largan a reír. Nosotros los mayores nos sentimos más pesados, más lentos, a su lado. Se dirigen a nosotros solo para pedir algo, agua, galletas, quizá el bronceador. Todo está en la bolsa... Toma....Yo me esfuerzo en no ensuciar de arena mi toalla pero se ponen a jugar paleta y ...

A la hora de la cena todos se reúnen alrededor de la mesa. Benjamín come con su familia en la casa de en frente. Que pase

pronto la cena, las recriminaciones, las escenas de celos de su madre, sus quejas, la seriedad del padre, su manía por los horarios, por el orden. Qué horrible lo que el tiempo hace de las personas, una cosa ingrata y triste, descontenta e imperfecta... Pero pronto se levantará y se irá, despacio, alargando el placer. El momento de acostarse, de entrar al cuarto en la punta de pies, con su pijama azul, a oír sus cuchicheos y risas, se acerca. Qué contraste con las conversaciones de la cena... Unas enormes ganas de vivir, de extender los brazos y reír lo invaden. Está de vacaciones al final de cuenta, está el sol, la brisa y su preferido que, aunque lo decepciona por su frialdad, está aquí a su lado, respirando leve, hablando entre sueños.

Benjamín atraviesa el patio que separa las casas como dos reinos en el silencio profundo de la noche estrellada, y siente que se le llenan los ojos de lágrimas. Así, de repente y sin razón, el aire huele a hierba, a flores apretadas, hálitos de árbol y sal. En la noche inmensa cada estrella brilla separada, única, formando extraños dibujos y mensajes. Se sienta en el banco blanco de madera y es una delicia para él oír las voces alegres que conversan en la sobremesa, las voces infantiles reír y preguntar, el ruido de los cubiertos, todo ese mundo del que se delecta al mismo tiempo que de la noche fresca y serena que lo acoge. En el jardín, bajo el árbol frondoso, una hamaca se balancea. No hay gota de viento pero se balancea y se nota una forma, un peso que la redondea. Intrigado, Benjamín se acerca sintiendo la humedad del pasto en sus tobillos. De pronto la ve, es su hermanita, la que hasta esa tarde miraba sin ver, con aire de conecedor. Su hermanita, la misma que trepando sobre los hombros del chico deseaba sentir el cuerpo del otro, maravillada de la distancia que aumentaba y disminuía vertiginosamente entre ambos al azar de las olas. Y ahora estaba ahí, sola, mirando las estrellas con un libro sobre el pecho, soñando, balanceándose en el vacío con placer y curiosidad. Cómo se habría escapado de la sobremesa familiar, habrá dicho que le dolía la cabeza o que tenía sueño... Y de pronto quiso acercarse, acariciar su cabello liso, decirle que la entendía, que sabía... Pero fue como si una gran mano helada lo retuviera. No le estaba permitido, nada, ni siquiera su primaria solidaridad afectiva. Estaba como prisionero, paralizado por el temor, por la duda, por el pudor... Se retiró sin hacer ruido pero tampoco sentía la fuerza suficiente para entrar en la casa e interrumpir el flujo agradable de las voces, y volvió a su banco. Las estrellas de lejos seguían su ballet de luces pero él ya no las veía.

Comienza a hacer frío. De reojo había visto acercarse a

Benjamín... ¡Qué susto! Casi la descubre llorando... De todos modos, el pobre no habría entendido nada. Qué delicia esas lágrimas que parecen venir de muy lejos, de otra persona, que simplemente caen, ruedan, una tras otra, mágicamente sin que los ojos sufran o se enrojezcan, sin que su rostro se deforme. Lágrimas de placer, de estar allí, meciéndose bajo el cielo estrellado, en la noche tranquila, sola pero llena de pensamientos, de sueños, con él. Si su hermano le hubiese hablado, le hubiese preguntado qué le pasaba, el encanto se habría disipado y todo se hubiera vuelto ridículo: el frío, la noche, sus lágrimas de felicidad. Felizmente se fue, ella no se movió. Benjamín le pareció abatido, seguro que no dormía bien pero al menos había logrado quedarse en el cuarto de los niños mientras ella estaba obligada de estar con sus padres y a aburrirse con la velada sin fin, la cena y luego su cama prestada, refugio sin consuelo. Pero apenas llegaba el día empezaba la aventura, los paseos, la playa, la conversación interminable, siempre había algo que decir, de que reír... Ese año la facilidad de sus relaciones la sorprendía, este verano todo andaba sobre ruedas... El movimiento de la hamaca comenzaba a adormecerla, la humedad del jardín le enfriaba el cuerpo, pronto debería regresar. Desde su escondite, oía las voces de la familia, estaban aún sentados a la mesa. Oyendo el rumor de las voces era aún más agradable esa soledad dulce y tierna. De repente, fue como si la hamaca se hubiera volteado, era la voz de su madre llamándola. De un salto se deshizo de la hamaca y atravesó el patio. Su hermano estaba todavía sentado sobre el banco blanco: ¿qué haces allí? ...y tú, ¿qué hacías en la hamaca? Te vas a resfriar...

Benjamín se decide a entrar, sintiendo con felicidad el calor del ambiente entrar en su cuerpo, la mesa aún puesta, la luz tamizada de las lámparas velando los rostros... Todos le sonrían, callados por un segundo, luego las conversaciones y comentarios retoman su ritmo, le ofrecen un café. Pero porque esa noche se siente aislado, rodeado como de una fosa invisible que lo separa de la animación exterior como si la soledad de la noche campestre hubiera entrado con él a aquel salón cálido y acogedor. Alguien encendió la televisión y todos, de instinto, se pusieron alrededor de ésta como de una chimenea para seguir hablando, los rostros iluminados por los resplandores de la pantalla. El se sentó en una esquina, protegido por las sombras podía observar todo hasta cansarse, pero seguía triste, como si el día hubiese sido infértil a pesar del sol, del mar, del verano lánguido y hermoso.

Cuando, en la penumbra, entró en la habitación, no distinguió nada, deslumbrado por la luz de afuera. Oía las respiraciones cadenciosas, poco a poco los contornos reaparecían mientras armaba su sofá cama. Veía al chico de espaldas, las chicas dormían la cara contra la almohada. Ya metido en la cama empezaba el insomnio, desde que llegó no lograba dormir bien. Se daba vueltas y vueltas hasta que las sábanas se salían de debajo del colchón. Entonces tenía que prender la luz y arreglarla, no podía dormir en una cama deshecha. Sus pensamientos no eran siempre buenos, después de los baños de mar de la tarde era como si su piel se quedara ultrasensible, la sentía suave y lisa y, a pesar de una ducha concienzuda, olía a mar. En esos momentos se metía en el sueño como en un gran océano que lo mecía con sus olas cadenciosas y suaves, en las que se hundía, torpe, dejándose llevar. La delicia era justamente su derrota, lo inevitable de su derrota, el océano era mil veces más poderoso y se lo llevaba, lo raptaba, lo hundía, y luego emergía nuevamente a la realidad cada mañana. Esa noche, muy despacio intentó hablar un poco con Gabriel pero el chico parecía dormir profundamente.

En la mañana, a la hora del desayuno una noticia inesperada: Gabriel estaba con tortícolis, no podía ni mover los brazos, se le debía haber bloqueado un músculo. El pobre estaba pálido y apenas podía llevarse la taza a la boca. Esa tarde no podría ir a la playa. Benjamín de inmediato se ofreció a quedarse con él pero el chico a pesar de su dolor sacudió violentamente la cabeza y de puro fastidio ni siquiera le dijo porqué. La madre los miró sorprendida, debe ser el malestar. Ben por su lado solo atinó a levantarse e ir a saludar a sus padres a la casa del frente.

Mi hermana va a estar triste, pensó con amargura, le va a faltar con quien jugar en las olas. De repente de tanto cargarla se hizo daño. Otro que ya no es un niño adorable y dulce... El no lo sabe, pero no soy yo quien ha cambiado, es él. Su familia terminaba el desayuno en un silencio total, su hermana parecía cansada, un poco resfriada, el padre serio, la madre hablaba sola, de ir a hacer compras, del almuerzo, del horno de esta casa que no funcionaba bien. Cada vez era más triste pasar sus vacaciones en familia. Qué ironía, ahora con lo del matrimonio era probable que las dos familias se vieran más seguido, el futuro no era color de rosa... Su hermana apenas reaccionó a la noticia de la tortícolis, pero sus padres fueron de inmediato a brindar ayuda y consejo.

Esa tarde en la playa fue espléndida, la marea estaba alta y se podía nadar en un agua transparente, menos fría que de

costumbre. Las chicas y su hermana desaparecieron pronto junto con el grupo de jóvenes, solo quedaban las tías, los padres y algunos primos y amigos de su edad. La conversación era agradable y superficial. Benjamín dejaba vagar sus ojos sobre el mar tras de los lentes de sol. Pronto se acabarían las vacaciones, cada uno retomaría su vida, sus obligaciones, la ropa de invierno, el frío. Pero por qué angustiarse antes de tiempo, era su carácter un poco melancólico que lo hacía ver el lado efímero de las cosas, en el cuerpo o rostros de la gente que lo rodeaba, las marcas de la edad, del tiempo, la presencia de la muerte en medio del multicolor del verano, los cuerpos casi desnudos al sol, las parloteos fáciles y adormecidos, la buena comida. Era como si en el fondo no los mereciera, no mereciera la más mínima tregua...

Esa noche, Gabriel no lo dejó ayudarlo y se quedó parado en medio de la habitación con el polo sobre la cabeza, sin poder moverse, gimiendo de dolor y sin querer que se le acerque y lo toque, hasta que su madre tuvo que subir. Benjamín no entró en el cuarto. Largo rato en el baño oyó los cuchicheos de la habitación, infeliz como un monstruo, como un simio en medio de los hombres, que a su paso causaba pavor y asco. Cuando se acostó, el chico dormía. Las chicas se agitaban. Nada había cambiado, el universo tranquilo y feliz de la casa se entregaba al sueño, los platos estaban limpios y guardados en los armarios, la ropa sucia en la canasta, todos se habían cepillado los dientes y Benjamín entraba sin ser visto a la habitación temiendo que el dedo acusador del cielo justiciero viniera a señalarlo. Infeliz y solo, solo e infeliz, había tratado de sacudirse la tristeza con el agua fría, y luego se había quedado largas horas sentado en el suelo en medio de su ropa, nadie había tocado a la puerta. El sueño le parecía ahora un lujo inalcanzable, todos dormían, la casa silenciosa estaba oscura, más oscura que la noche alrededor. Pensó en todo, pensó en partir, pensó en olvidar o en ser indiferente, pensó en volver a casa de sus padres, en abandonar el juego absurdo que lo había llevado allí, pensó en todo sabiendo que no haría nada, que retendría desesperadamente la situación a pesar de su amor propio, que a pesar de su vergüenza se quedaría, lo único que importaba era seguir allí, cerca, observando, callado, retorciéndose.

Mañana el chico tampoco podrá salir, el médico le había recetado pastillas contra el dolor, el masajista le había puesto las vértebras en su sitio pero seguía adolorido y malhumorado, encerrado en la casa mirando la televisión. Esa mañana también la hermanita se había levantado enferma, le había dado aire,

tenía fiebre, tosía y le lagrimeaban los ojos. Esa tarde, en la playa, el grupo adolescente iba a reconstituirse de inmediato a pesar de la ausencia de dos de sus miembros como un organismo resistente a todo, campeón de la evolución. Benjamín había decidido ir a pasear a la ciudad, hacer compras, visitar la catedral con primos y amigos. A pesar de las ausencias, la playa seguía igual, llena de gente, de colores y de chillidos con fondo de olas.

Benjamín sin haber dormido casi nada caminaba como un sonámbulo por la ciudad. Sus callecitas estrechas, sus fachadas coloridas adornadas con flores, la calle principal llena de animación y gente, todo le parecía gris. Al borde del río, sobre un puente se detuvo un instante solo, pensando, viendo pasar un agua gris que ni siquiera lo reflejaba. Cómo lo había mirado el chico, no podía sacárselo de la mente, con qué ardiente furor se separaba de él dejando toda su infancia despoblada. Lo trataba mal, se alejaba, no soportaba su presencia, su voz, su interés excesivo. El chico se separaba de él como de una vieja piel, ya no era un niño, ya no quería familiaridades, ni de su madre aceptaba besos o cariños. Era él, solo él, un cuerpo joven, lleno de energías, sabía que el futuro era él, que acabaría por tener la razón a pesar de su fragilidad y de su dependencia, su cuerpo, como un árbol, tendía hacia arriba, a lo desconocido. Benjamín seguía al grupo tratando de no ser mal educado, contestando a las preguntas típicas sobre su trabajo y situación de una amiga de los primos. Su boca redonda y roja le parecía un mensaje urgente de lo que le quedaba por vivir.

En la casa solitaria, la televisión prendida en el salón daba una falsa impresión de algarabía. Todos estaban en la playa, el chico echado en la cama, alguien, a su lado, lo ayudaba a levantarse. La conversación había sido breve. Ya no tengo fiebre, me aburro, vine a ver la televisión porque en la casa de enfrente no hay televisión... Benjamín se ha ido a la ciudad, los padres se han ido de paseo y... El instinto de la hermanita vibraba en el centro de su cuerpo y la guiaba por el recoveco de pudores, su mano era leve, sus ojos brillantes, ya no había agua para proyectarlos el uno contra el otro pero el aire se hacía espeso e intenso. Me duele aquí, no puedo voltear la cabeza, ay mi brazo, arrímate un poco, quieres que te ponga una almohada... La palabra dicha y la oída, simples alusiones, un gesto más, un paso más hacia aquello que no se sabe pero que los atrae como una gruta mágica, la voz como un hilo de seda que se desenrolla y los enlaza, no quiere decir nada, es solo hálito. Los dos echados miran hacia arriba, el chico inmovilizado sólo mueve las piernas,

la hermanita con las piernas cruzadas lo mira, le habla, le acomoda la cabeza, el tiempo vuela.

Al día siguiente, los dos se sienten mejor, el chico puede ir a la playa pero no bañarse. Benjamín lo llevó en su carro junto con los demás. Esa tarde parecía más amigable, más sonriente, lo escuchaba con atención, respondía a sus preguntas, hasta le permitió anudarle el pañuelo que le protegía el cuello. Era extraño como todo sigue igual, año tras año, las conversaciones en el aire, la arena caliente, el mar yendo y viniendo. Hasta el recuerdo de su humillación se desdibujaba descolorida por los gestos amistosos del chico en el carro, Ben se sentía más ligero y sonreía observando los torpes esfuerzos de su hermanita por llamar la atención, pobre pensó, la pobre...

Cuando tocó el agua, un escalofrío le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies, el sol lo había adormecido. Entró de todos modos y se dejó mecer por el agua, su pensamiento se desplazaba del borde del mar a mar adentro. Qué infinito, qué extraño sentimiento de abandono, como la penumbra de un cine, una mano gigante lo acariciaba, sus cabellos flotaban mientras los gestos de la gente en la orilla perdían importancia. De pronto, ya no había orilla, la mano que lo mecía se volvía garfio y lo jalaba hacia abajo. El torpe sentimiento de su flaqueza lo asombró, logró agitar los brazos, flotar, la boca llena de agua se le hacía pesada, la nariz ya no existía pero no había desesperación ni desgarró solo una gran planicie verde habitada por ojos deslumbrantes...

¡Casi se nos ahoga Benjamín! ¡Qué tal sustoi Y eso que el agua estaba tan tranquila. El ni siquiera parecía asustado. Cuando el chico lo vio de la orilla, le sonrió como de lejos. Dice que se durmió con el ruido del agua que lo mecía... El ruido del agua, qué quiere decir con eso. Lo salvaron con las justas, para qué más decía, para qué más y no tiene ni treinta años. Su madre casi se vuelve loca y cuando se reanimó, casi le pega. ¿Dónde está? Descansando. Arriba, duerme todavía. Felizmente que Gabriel se dio cuenta y casi se lanza al mar a pesar de su tortícolis. Y cuando sacaron el cuerpo lloraba, no podía parar y el otro con el agua que le salía a borbotones de la boca, de las orejas, de la nariz. Dicen que fue fácil sacarlo, la corriente no estaba fuerte y además no se agarró como la gente con pánico, el salvavidas dijo que fue fácil, que no parecía asustado, hasta dice que le sonrió... Hay que tenerle respeto al mar, siempre les digo, hay que digerir antes de bañarse, no hay que alejarse demasiado. Ben tuvo suerte, a veces es mejor no defenderse, dejarse flotar, dejarse ir... Qué tal susto...

En la penumbra de la habitación Ben descansaba. Sin moverse, sin hacer ruido durmió durante horas como si recuperara el sueño atrasado desde el inicio de las vacaciones. No sentía ni frío ni calor, voces a lo lejos lo llamaban pero estaba tan bien allí que no se quería mover, flotaba, flotaba por encima de la casa, veía campos dorados de trigo intercalados con bosques verdes y largas tiras blancas de arena y luego la masa oscura y desdeñosa del mar, bordeado de espuma blanca, brillante como la hoja de un cuchillo al sol. Luego, regresaba a la hamaca que lo mecía, un árbol inmenso sostenía la casa toda, nada lo extrañaba, era solo un viajero, estaba de paso, no preguntaba nada, sólo abría los ojos y se llenaba de imágenes. La habitación a oscuras le pareció fresca y remota, su mano se agitó, un sobresalto y los ojos se abrieron, en el aire líquido le pareció sentir una presencia, una mirada. Volvió a cerrar los ojos, el movimiento cesaba, sus pies tocaban la arena seca y recalentada, su cuerpo húmedo no se resignada a salir, a secarse, a portar su peso pero ya estaba de pie, el mar a sus espaldas. Poco a poco, las alegres voces penetraban en su mente, seguramente era la hora de la cena, todos estaban reunidos alrededor de la mesa, cada comensal en su lugar, sólo faltaba él. La cama comenzó a parecerle estrecha, extrañó entonces su cama, su claro departamento en el pleno centro, su ambiente, sus cosas, sus discos, la música.

Lentamente sentía que se desgajaba de su piel de las vacaciones, que se despegaba de las miradas de las familias, el olor de las sábanas de la casa le pareció ajeno. Quiso entonces levantarse, tomar una ducha, enjuagar su cuerpo de la sal, de la arena que le picaba los ojos pero un mareo lo tiró en la cama. La decisión de irse apenas pudiera se impuso, la ausencia física de sí mismo lo abrumó, quién era él allí salvo Ben, lo que todos creen que Ben es, siempre Ben.

Trabajar no es tan malo, se dijo, aleja los malos pensamientos y ayuda a conservarse bien.